

relatos de verano

COLABORA:



f La Sombra del ciprés
 @AscSombraCipres
 @novelistasabulenses

RELATO ESCRITO POR

CARLOS DEL SOLO

OBRAS:

El Cid Campeador. Simplemente Rodrigo; Enrique IV de Castilla. El último rey medieval; Jóvenes Justiceros; Óbila. La leyenda del vettón; Las andanzas de la Monja Alférez



eaá ESCUELA DE ARTE Y SUPERIOR DE CONSERVACIÓN Y RESTAURACIÓN DE BIENES CULTURALES DE ÁVILA

RELATO ILUSTRADO POR

SOFÍA GONZÁLEZ MARTÍN



La muralla

Siempre he pensado que para qué tanta muralla en un lugar dejado de la mano de Dios como es este. No, no es que quiera que se derribe tan magnífica obra, faltaría más, es que nunca he entendido por qué Alfonso VI, por el siglo XI, decidió mandar realizar tan imponente obra de defensa en unos territorios que, en principio, no revestían demasiada importancia.

Hay quienes dirán que por la proximidad de los moros había que defender la ciudad. Sí, ya, en eso estoy de acuerdo, pero sigo sin entenderlo. En otros lugares se construyó un castillo, con su foso y esas cosas, y con eso se protegía, o lo intentaba, la zona. Pero no, aquí, en Ávila, se construyó un pedazo de muralla que ya quisieran otros lugares, en principio, mucho más importantes en aquella época que la pequeña población de la zona de aquellos tiempos.

Por otro lado, nunca he confiado demasiado en que lo importante fuese proteger a la población. Creo que los reyes, los nobles o los que mandasen en aquellas épocas, protegerían bienes más importantes. Sí, porque los seres humanos tampoco eran demasiado importantes ya que, a la mínima, les mandaban a matarse luchando con otros pobres desgraciados a los que les habían mandado lo mismo pero contra ellos. Vamos, más o menos lo mismo que pasa ahora pero con elementos punzantes y cortantes que, menos risa, daban de todo.

Bueno, que me enrolló... Debido a mi incredulidad me puse a investigar qué podría tener la zona para que un rey decidiese protegerla de esa manera. ¿Por qué era tan importante esta ciudad?

Lo primero que se me vino a la cabeza es que dicen que Ávila tiene mucha radiactividad que proviene de su subsuelo. Eso me hizo pensar que, quizá, Alfonso VI estuviese pensando en construir una bomba atómica para acabar definitivamente con sus enemigos del turbante. Luego caí en la cuenta (me costó, pero lo hice) de que lo de la radiactividad, la bomba atómica y todo ese tema se descubrió bastante tiempo después. Vamos, que el rey no tenía planeado amenazar al musulmán con una guerra atómica. Mi primera teoría descartada; qué le vamos a hacer, con lo buena que era.

Luego pensé (cosa que, según me dicen, no se me da muy bien) que lo mismo el tal Alfonso VI tenía un tratado con alguna civilización extraterrestre interesada en los materiales radioactivos del subsuelo para su utilización en sus naves supersónicas e interestelares. El rey protegía los minerales y los seres del espacio le facilitaban magníficas armas con las que luchar contra los almorávides, que eran como los moros de aquí pero con más mala leche y que vinieron a fastidiar los planes de los cristianos. Pero esa teoría tampoco se sustentaba. ¿Qué magníficas armas consiguió Alfonso VI de los extraterrestres? ninguna. A duras penas consiguió ampliar algo las fronteras castellanas. Aunque en un lapsus llegue a pensar que si algunos catalanes afirman que el Cid Campeador había sido de aquellas tierras dominadas por los Condes de Barcelona, lo mismo Rodrigo Díaz de

Vivar, realmente, era un enviado de las estrellas para luchar en favor del rey como pago por los minerales de la zona. La verdad es que la teoría también tenía algún que otro cabo suelto y la descarté. No por nada en especial, sino porque pensé que si los del espacio exterior quisieran proteger la zona habrían mandado a El Cid a protegerla directamente y se habrían dejado de tantas tonterías con el rey. Así que otra teoría a la basura.

Lo de los materiales radioactivos no me estaba llevando a ninguna parte así que decidí aparcarlo de momento. ¿O quizás no? Lo mismo la muralla realmente fue una especie de jaula para que unos seres súper peligrosos, fruto de las transformaciones sufridas por la invisible radiación, no escapasen de la zona y se comiesen a los pobladores de los territorios colindantes. Hay que pensar que en la catedral hay esculturas de seres extraños, con escamas, dientes afilados y esas cosas que podrían ser fruto de... Creo que se me estaba yendo la olla, como dicen los jóvenes. Tendría que pensar otra cosa ya que el camino elegido no me iba a llevar a ningún puerito.

Como es lógico, y quizá por ahí debería haber empezado, me puse a investigar en los libros de historia. En ellos se dice que el rey quería repoblar estos territorios y mandó construir fortalezas en algunos lugares, entre ellos Ávila o Segovia. Claro, lo mismo pensé que si llevaba gentes de otros lugares y se los comían los radioactivos... Ah no, que lo de los seres radioactivos ya lo descarté. Tendría que pensar un poco más.

Luego caí en la cuenta de que estas tierras estaban pobladas, antaño, pero muy antaño, por una especie de celtas a los que llaman vettones. Fijate si era antaño que estaban antes que los romanos y esos sí que hace tiempo que no pisan por estas tierras. Pues eso, que hace mucho tiempo, los vettones poblaron estas tierras. Esas gentes supongo que pulularon por aquí durante bastantes años. Lo digo porque parece ser que uno de sus entretenimientos era darle golpes a los pedruscos, sobre todo los de gran tamaño, para intentar (a veces lo conseguían) dar forma de cerdo o de toro a la piedra. Y supongo que pulularon por aquí muchos años porque la zona está llena de animales de esos de piedra. Creo que los llaman verracos. Como no sabía muy bien qué significaba esa palabra tan rara, verraco, la miré en el diccionario y pude comprobar que es así como se denomina a los cerdos macho que pueden ser utilizados como semental. También busqué lo de semental, que tampoco sabía yo lo que era, pero no pongo aquí lo que decía ya que no creo que este sea el lugar adecuado para decir lo que hace el cerdo a la cerda para tener cerditos. Tampoco para decir nada sobre los machotes que son algunos hombres. Mira que tengo poco vocabulario; menos mal que con mis investigaciones históricas lo voy ampliando.

Bueno, el caso es que como los que construían los verracos esos estuvieron tanto tiempo por la zona lo mismo escondieron importantes tesoros. El tal Alfonso VI, como lo sabía, porque para llegar a ser rey hay que

ser muy listo, pensaría que si se hacía con dicha fortuna lo mismo podía pagarse unas buenas vacaciones o lo que le apeteciese. Porque, aunque pareciera mentira, los reyes de aquellas épocas no solían andar muy bien de dineros ya que cada dos por tres montaban una campaña de esas para pegarse con otros y los reclutas tenían que comer y que cobrar. Aunque fuese poca la comida y pocos los dineros que se les diese, como eran tantos y se peleaban tantas veces, el oro de la corona siempre andaba escaso. El pobre rey seguro que andaba pidiendo de acá para allá para conseguir algunas monedas extra. Lo de los tesoros de los vettones esos, los constructores de sementales de piedra, podría ser una buena idea. Unos años después creo que hicieron algo parecido unos soldados con una cruz en el pecho, creo que los llamaban templarios, excavando debajo de un templo en un lugar que tengo entendido que está bastante lejos de aquí, buscando formidables tesoros. Parece ser que al final les echaron de allí; supongo que los pobladores de la zona se enfadarían de que les dejaran la zona como un queso de ese que está lleno de boquetes. Y como el rey Alfonso VI era un visionario, mandó gentes a esta zona para que hiciesen, eso sí de manera discreta, unos cuantos hoyos a ver si localizaban las riquezas que habrían escondido los antiguos pobladores constructores de sementales. Como la cosa tenía que ser discreta mandó poner una valla alrededor de las obras para que no pasase nadie no autorizado y evitar las miradas indiscretas. El conde encargado, que se ve que no lo entendió bien del todo, o pensando que proteger las riquezas escondidas lo merecía, ¿quién sabe?, hizo construir una pedazo de muralla de agárrate y no te menees.

El caso es que, después de desarrollar mi teoría, que pensé que era buena, me puse a investigar sobre los constructores de verracos. Entre otra documentación, cayó en mis manos una magnífica obra llamada «Óbila. La leyenda del vettón». En ella pude comprobar que los vettones esos sí que construían animales de piedra, se peleaban con los romanos, o por lo menos con algunos de ellos ya que con otros hacían amistad, tenían ganado, cultivaban los campos, le daban a la alfarería y a otras cosas pero de dineros y joyas nada de nada. Llegué a la conclusión de que era un pueblo bastante modesto en cuanto a lo que se refiere a riquezas. Y sí yo, que muy listo no soy, llegué a esa conclusión, me da que el rey, Alfonso VI, al que creo que llamaban «El Bravo» (eso lo he descubierto hace poco y por eso lo pongo ahora), seguro que sabía que los vettones no podían haber escondido fabulosos tesoros ya que no los tenían. Otra teoría a la papelera (la de reciclaje del ordenador, ya que no uso papel si no el teclado para escribir siempre mis notas e investigaciones). Lo mismo lo de la radiactividad...

Después de investigar en un montón de libros y manuscritos, como se ha podido comprobar, no conseguí llegar a ninguna conclusión y, por ello, decidí darme una vuelta alrededor de la muralla. ¡Mira que impresiona tanta piedra una encima de otra! Y



Pero claro, viendo todos esos **torreones** y todas esas **almenas** me dio por pensar que para qué gaitas querían unas vacas encerradas todo ese asunto

eso mismo me dije yo cuando estaba rodeando tan majestuosa obra. Fijé mi entrenada mirada en los altos muros y comencé a ver que había algunas piedras que estaban talladas o grabadas con escritos ininteligibles (por lo menos para mí). Seguro que nadie había caído en que entre todas esas piedras algunas de ellas habían sido trabajadas por seres humanos (o quizá extraterrestres, ¿quién sabe?) con vete tú a saber qué fin. Así que hilando me imaginé a Alfonso VI que llegó a la zona y se dijo: «¡Vaya escombrera que tenemos aquí! A ver, señor conde, contrate usted a unos cuantos obreros y que apilen todas esas piedras en algún sitio, que molestan para el paso de mis ejércitos cuando van a combatir a los de los turbantes en la cabeza». Y, claro, el señor conde mandó hacer montañas con todos los pedruscos que había en la zona hasta que a alguno de los obreros se le ocurrió que podían hacer una valla para meter la ingente cantidad de vacas que pululaban por la zona y que eran un peligro para los niños. Me imagino que la cosa se les fue de las manos y la valla se convirtió en un muro y el muro en una muralla... Ya sabemos todos que unas cosas llevan a otras y que al final pasa lo que pasa.

Pero claro, viendo todos esos torreones y todas esas almenas me dio por pensar que para qué gaitas querían unas vacas encerradas todo ese asunto. Lo mismo lo que quisieron realmente los pobladores de aquellos tiempos era construir una muralla para defenderse de las vacas, que ya sabemos que algunas tienen muy mala leche y como te descuides la emprenden contigo a cuernazo limpio. No sé, la verdad es que tampoco me cuadraba demasiado la teoría de las vacas.

Al final me cansé de pensar, porque pensar es bastante cansado, más que andar o hacer deporte, y me dije: «¿y qué más da para qué construyeron la muralla?». Y me contesté a mí mismo: «pues si a ti te da igual, a mí no y quiero saberlo, que un rey no manda hacer una cosa así sin algún tipo de interés interesado».

Por fin miré a mi alrededor y exclamé: «¡cáspita!» (realmente de mi boca salió una palabra mal sonante, pero por suavizarla pongo lo de cáspita); todas las calles estaban llenas de gentes venidas de otros lugares que no paraban de hacer fotos a tan majestuosa obra y me dije (porque yo, como se ha podido comprobar, me digo muchas cosas): «¡Qué tío el Alfonso ese, lo que sabía! Seguro que era un visionario y predijo que si hacía una muralla la ciudad se llenaría de turistas y estos dejarían sus divisas en la ciudad». Claro, el que sabe, sabe y por eso llega a rey, no como yo que me he quedado en cuentista.

De todas maneras, amable lector, si cree que en alguna de mis conclusiones no he estado acertado (cosa improbable pero que puede ser, claro), no dude en ponerse en contacto conmigo y abrirme los ojos a la realidad. Porque, aunque me cuesta admitirlo, sigo pensando que lo de la radiactividad y los extraterrestres...



COLABORA:



f La Sombra del ciprés
 @AscSombraCipres
 @novelistasabulenses

RELATO ESCRITO POR

ELIEZER BORDALLO
 HUIDOBRO

OBRAS:

Las novelas *Tres Tazas* y *No hay estrellas en Madrid*



eaá ESCUELA DE ARTE Y SUPERIOR
 DE CONSERVACIÓN Y RESTAURACIÓN
 DE BIENES CULTURALES
 DE ÁVILA

RELATO ILUSTRADO POR

SOFÍA GONZÁLEZ
 MARTÍN



Los milagros existen

Iban a ser mis primeras navidades sola. Era muy duro para mí porque en absoluto estaba acostumbrada a lo que se me avecinaba, más bien lo contrario. Con dos hijos que tenía, más mi madre y un montón de hermanos y sobrinos, siguiendo la tradición, se celebraban en mi casa unas fiestas numerosas, alegres, bulliciosas, la mesa convenientemente adornada y con regalos para todos. En esa noche mágica del 24 de diciembre, nunca faltó Papá Noel que entraba por la puerta sigilosamente y dejaba entrever, tras el suave visillo calado, su cara anciana y sonriente diciéndonos adiós, tras dejar en el salón un montón de paquetes de llamativos colores. Mis hijos y sobrinos se quedaban de una pieza ante esa aparición mágica y dejaban pasar al menos cinco minutos hasta entrar en el salón por miedo a encontrárselo.

Me había separado hace pocos meses y esa noche era su padre quien, en su nueva casa y con su nueva compañera, iba a celebrar la Navidad con ellos.

Yo no podía ir a casa de nadie porque estaba muy sensible y llorona y era seguro que iba a dar la nota. No podía ser el centro de atención. No podía amargar esa noche fantástica a nadie de mi familia. No tenía fuerzas para pensar en mis hijos lejos de mí en un día tan señalado. Además, y para colmo de males, yo seguía, por entonces, enamorada del que fuera mi marido. Tampoco quería estar con ninguna amiga pues, por aquella época, todas estaban casadas y tenían sus planes familiares organizados. ¡Mendua papeleta ir a casa de alguna de ellas y dar la nota! En una palabra: yo sobraba en todas partes.

Así que, con tiempo, inventé una milonga creíble que fui contando a todos mis familiares, a saber: «que tenía una amiga, que ellos por supuesto conocían, que me había invitado a su casa de la sierra y que allí iba a encontrarme a gustísimo entre pinos y montañas, pisando la nieve blanca que por entonces caía en las afueras de Madrid casi todos los inviernos».

La casa existía, la amiga existía, mis ganas de campo existían y todos se lo creyeron. Pero, claro está, era mentira. Yo tenía un plan muy diferente. Cuando faltaban aún unas semanas para tan señaladas fiestas, una noche de insomnio, me vino una idea a la cabeza. Como no quería ver a nadie y, menos aún, que nadie me viera a mí, decidí que lo mejor sería coger el tren e irme a Ávila. Así podría pasar esos tristes días que me esperaban, en soledad y en aislamiento que era lo que realmente deseaba, a mi aire, sin apenas gastar dinero y sin que nadie me diera consejos ni escuchara mis lamentos. Añadiré que nadie de mi familia ni de mis amigos podrían nunca imaginarse que yo iba a recluirme allí, en la casa de mis padres, dónde tantos veranos deliciosos había pasado en mi niñez y juventud. La casa, situada cerca de parque de San Antonio, solo permanecía abierta en verano y alguna que otra Semana Santa. Estaba bien preparada para el invierno porque, en una ocasión, mi hermana mayor había vivido allí durante un año, de recién casada, con su recién estrenado marido. Y en la casa, en el piso de abajo, solo quedaban dos vecinas ancianas que en Navidad se iban a Arévalo con

sus hijos. Por lo tanto, no habría ningún testigo de mi presencia.

Pasaron los días, añadí a mi historia inventada un montón de detalles para que todos los que se preocupaban por mí, se quedaran tranquilos. Yo no era mentirosa, pero necesitaba aislarme y proteger mi profundo pesar de todo tipo de cotilleos. Tenía que empezar a ser fuerte y a dejar de compadecerme de mí misma. Y, sobre todo, necesitaba estar sola. Quería pensar en mi nueva vida y el rumbo que iba a tomar. Un camino lleno de obstáculos, pero también con alguna ventaja que había ido descubriendo poco a poco.

Metí a mi perro Tito en una bolsa de viaje preparada para el caso. Una bolsa en la que nadie se percatara y menos aún el revisor, de que allí viajaba un animalito. Tito y yo nos entendíamos de maravilla, solo con decirle: «Tito, ni te muevas que nos echan a los dos del tren», el perro entraría en el nirvana y solo asomaría el hocico cuando yo se lo permitiera.

Era miércoles día 24 de diciembre, eran las cuatro de la tarde. Horas antes, había despedido a mis hijos con una sonrisa fingida y el corazón partido. En mi mano izquierda una pequeña maleta de ruedas, en el hombro derecho, la bolsa con Tito dentro, ya avisado del peligro que corríamos los dos. Eran los años ochenta y yo era joven. Una mujer, esposa y madre que jamás podría llegar a imaginarse un 24 de diciembre del año anterior, lo que le estaría esperando al año siguiente. En ese momento, a las cuatro y cuarto de la tarde, en la estación de Chamartín, acababa de tomar asiento. Había subido mi maleta en el portamaletas de arriba y colocado a mi lado, cerca de la ventana, la bolsa templada por la presencia de, en esos momentos, mi mejor amigo. La bolsa no estaba cerrada del todo y asomaba por su abertura parte de una revista enrollada. El hocico de Tito estaba detrás. Aún no existían los teléfonos móviles, por lo tanto, existía el anonimato y existía la libertad. Una libertad que ahora, muchos años después, los seres humanos desconocemos.

El viaje se desarrolló como estaba previsto. Además, tuve la suerte de no tener a nadie sentado a mi lado. En el asiento de enfrente había una pareja que se bajó en Villalba y ya nadie más ocupó su espacio. Saqué la revista y con mi mano izquierda, de vez en cuando, metía mis dedos entre las lanas de mi querido compañero de viaje, mientras susurraba: «Sigue así, Tito, no te muevas que nos echan a los dos de aquí».

Viajar en tren es de las cosas que más me gustan en este mundo y las estaciones me parecen los lugares más románticos de la tierra. Las despedidas, las llegadas, las lágrimas, las alegrías y los abrazos son los habitantes sentimentales de los andenes. Mi querida Ávila estaba nevada y ya había caído la tarde cuando el tren terminó su trayecto y nos permitió bajar a todos los viajeros. Nadie me esperaba, afortunadamente. Miré contenta a algunos que se echaban en brazos de otros; yo, después de salir a la calle, le dije a Tito: «¡Ya hemos llegado, ya puedes bajar y que se pas que te has portado de maravilla!».

Libre, sosegada y sola, comencé a atravesar el parque de San Antonio siguiendo a Tito

que iba correteando de aquí para allá. Cerca de la iglesia vi que su puerta estaba abierta y me aproximé sin entrar. Me acerqué con nostalgia y dolor, pidiendo de lejos que la Providencia me librara de tanto dolor. Inesperadamente, a mi encuentro, salió un padre franciscano, vestido con su tosco hábito marrón.

—Buenas tardes, señora, ¿no habrá visto por aquí a alguna persona solitaria y con aspecto de pobre, verdad?

—No, padre, no me he cruzado con nadie en todo el camino.

—Se lo digo porque esta Noche Santa damos cena y cobijo a quien lo necesite. Como usted sabrá, en pocas horas, nacerá el Niño Dios y no quisiéramos que nadie ande por ahí solo, triste y con hambre.

—Me parece una estupenda idea, padre, si veo a alguien con esas características, se lo haré saber.

—Se lo comento por si usted misma, aunque no tiene aspecto de pasar necesidades, se encontrara sola, pues su rostro, perdona que se lo diga y no me lo tome a mal, refleja una gran tristeza.

—Padre, ¿no me haga hablar! He venido hasta aquí justo para no ver a nadie y para no hablar de mi vida. Yo, en estos momentos, solo soy un estorbo para todos. Por eso, le repito que quiero estar sola.

—Escúcheme bien, hermana, usted quedará sola, pero no en esta noche. Si quiere el día 26, allá usted, pero esta noche sagrada y mágica no le haga esa faena al Niño Dios. Ya no la entretengo más. Deje usted su maletita dónde tenga que dejarla y recuerde que a las nueve estarán las mesas llenas de gente pobre, sola y abandonada. Los preferidos de Jesucristo, los que como dice usted, son un estorbo.

—Adiós, padre. Gracias por la invitación, me lo pensaré.

—Vaya con Dios, hermana y, si se anima, aparte de darnos una alegría, el animalito, su perro, también será bienvenido. Soy el padre Juan, ¿y usted?

—Yo me llamo Carmen.

Me alejé temblando de emoción y de dolor. Toda mi frustración y pena afloraron en unos segundos. Ya cerca de la Sierpe me senté en un desvencijado banco y empecé a llorar a moco tendido. Tito no se movía de mi lado y lamía mi mano temblorosa. Eché fuera toda mi rabia e impotencia. Cuando me calmé, me puse en pie y llegué a mi casa hipando. Encendí un par de estufas, coloqué mi ropa, puse Radio Clásica que emitía villancicos del mundo, barrí y limpié el ligero polvo blanquecino que se había depositado sobre los muebles. Saqué algo de comida que había traído de casa y me eché un rato en la cama cuyas sábanas estaban frías, pero que yo calenté poco a poco con el calor de mi cuerpo y con la ayuda de Tito, que se colocó a mis pies. Me quedé dormida sin yo quererlo. Cuando me desperté sin saber cómo ni por qué, faltaban diez minutos para dar las nueve. Sinceramente no me lo pensé mucho y decidí que debía acercarme a San Antonio y cenar con la gente abandonada de la tierra. ¡Vamos, Tito, al menos, el padre Juan nos espera!

En un comedor tosco y antiguo, yo diría que era el refectorio del convento, había tres



Viajar en tren es de las cosas que más me gustan en este mundo y las estaciones me parecen los lugares más románticos de la tierra

mesas largas con bancos a los lados. Ya pasaban las nueve y la gente estaba sentada. Había de todo: mendigos, familias con niños, ancianos, personas solas y calladas..., todos con ropa vieja y sucia, aunque se notaba que se habían lavado y peinado para la ocasión. La pobreza de entonces no era como la de ahora. Nadie llevaba abrigo ni zapatos de invierno. Se cubrían con mantas o jerseys gordos llenos de bolas. Sus zapatos estaban reventados de andar tantos caminos y salían los dedos tapados por calcetines gruesos y toscos. Los niños llevaban ropa de adultos que les cubría como podía sus delgados cuerpos. Sentí vergüenza al verme abrigada con mi chaquetón de mouton. Discretamente, me senté en un hueco que quedaba en el extremo de la segunda mesa. Frente a mí había una señora con dos niñas de la edad de mis hijos. Rápidamente, el padre Juan se acercó y me dio las gracias por asistir a esta cena de los maltratados por la vida. Las niñas se volvieron locas con Tito que se subió tranquilamente en el regazo de la mayor. Llevaban unos chaquetones de señora viejos y destartados, pero estaban limpios. La mujer enseguida hizo migas conmigo. Me contó su vida y yo la mía. A ella, también la había abandonado su hombre, como ella decía, y se ganaba la vida limpiando casas, pero le daba para poco. No había manera de que me llamara por mi nombre y de que me tutelara, porque me consideraba una señora. ¡Como si ella no lo fuera! La cena consistió en una sopa de fideos con algo de pescado y alguna gamba y de segundo plato carne guisada con patatas. Estaba caliente y sabrosa. A cada adulto nos sirvieron dos vasos de vino, uno por cada plato. Luego una bolsita con un polvorón, un mazapán y un

huevo pequeño de chocolate. Cantamos villancicos y nos abrazamos unos a otros. Al terminar, Paz, que es como se llamaba la madre de las niñas, me dijo cohibida:

- Señora Carmen, perdone mi atrevimiento, pero mañana me han requerido para un trabajo estupendo en casa de la marquesa de la Cerda. Es servir la comida de Navidad y recogerlo todo. Pero no tengo a nadie con quien dejar a Pacita y a Sonsoles. Si usted se quedara con ellas, podría ganarme dos mil pesetas y pagar los recibos atrasados, porque, es que me van a cortar la luz el día menos pensado.

- ¡Claro que sí, Paz, no te preocupes! Déjamelas en casa por la mañana y yo me ocuparé de ellas. Son unas niñas muy educadas y están como locas con Tito.

Paz vivía en un tercer piso de la Cacharra, que es un barrio obrero. Las niñas vinieron a las diez de la mañana. Yo no había podido dormir en toda la noche. Antes de acostarme ya tenía preparados dos chaquetones de borrego de mi padre y había sacado la máquina de coser. Durante el día, hizo mucho frío. Yo tenía la casa caliente y con comida, pues en mi casa siempre había latas, y de todo, para salir del paso. Las niñas estaban locas con la televisión, que emitía programas infantiles, y yo, mientras tanto, iba acoplando a sus cuerpos los chaquetones de mi padre. Se me daba bien coser y, además, me gustaba muchísimo. Por la tarde, salió el sol y me las llevé a dar un paseo hasta la calle Alemania, donde había una preciosa juguetería que exponía en sus escaparates toda clase de juguetes de la época. Se enamoraron de dos muñecas.

Paz llegó a las nueve, venía disculpándose por la tardanza, pero no había podido terminar la faena antes. Traía algunas sobras en

una cesta y apañamos una buena cena de Navidad. Había conseguido dos mil quinientas pesetas con las propinas de algunos comensales. Cuando vio los nuevos abriguitos de sus hijas, no cabía en sí de gozo. Las invité a cenar al día siguiente.

El día 26 me acerqué a la juguetería y le compré a las niñas las muñecas con un cochecito para cada una, con su ropita y algunos cacharritos. Me acerqué a Los Catalanes y les compré guantes, gorros, leotardos, ropa abrigada y en una zapatería un par de botas forradas de piel. Porque yo verdaderamente era rica y ellas eran pobres. Cociné un pollo en pepitoria y compré fiambres y dulces.

Le regalé a Paz un abrigo de mi madre que no se ponía hace más de 5 años y mucha ropa de ella que tenía muerta de risa en el armario. Tenían la misma talla. Además, le dejé la máquina de coser hasta el verano para que ella, que también sabía coser, pudiera sacarle partido. A las niñas les dije que Papá Noel se había retrasado un día a causa de la nevada. Nunca olvidaré la carita que pusieron cuando abrieron los paquetes.

Es día 28, voy en el tren camino de Madrid, a mi lado respira Tito. En estos días, no me he acordado ni por un momento de lo desgraciada que me sentía a mi llegada a Ávila. Me encuentro renovada por dentro, por la ventanilla del tren miro el paisaje que se sucede y siento que he recobrado la esperanza, he vuelto a creer en mí. Estoy tranquila y yo diría que hasta feliz. La razón es bien sencilla: no he pensado en mí, sino en los demás. Prometo que nunca más volveré a quejarme. Hoy empieza una nueva vida para mí. Puedo decir con alegría que los milagros existen. La amistad con Paz y sus hijas hoy continúa.